COMERCIO.

PRECIO CORRIENTE
DE ACCIONES Y BONOS.

(Especial, para *La Union.*)

Valparaiso, 22 de octubre de 1885

BANCOS.		
Banco Nacional de Chile acc ns...	149	%
» de Valparaiso.....	145½	»
» Agrícola	126½	»
» Mobiliario.....	160	»
» Union	100	»
» Hipotecario	110	$
» Garantizador	1350	»
» » Responsabilidad.....	800	»
FERROCARRILES.		
Ferrocarril de Coquimbo.....	45	%
» Carrizal.....	60	»
» Copiapó.....	60	»
» Tongoi.....	22	»
» y Salitre de Antofagasta.....	59	»
» Urbano de Santiago.....	202	»
» Urbano de Valparaiso.....	237½	»
VAPORES, BUQUES ETC.		
Comp. Sud-Americana de Vapores	130	%
» Nacional de Remolcadores...	140	»
» Comercial de id.....	112	»
» Maderas y Buques.....	69¼	$
» Diques	103	%
» Balleneros	390	$
COMPAÑÍAS DE GAS.		
Compañía de gas de Santiago.....	164	%
» de id de Valparaiso.....	203	»
» de Consumidores de gas.....	315	$
» de la Serena.....	95	%
COMPAÑÍAS DE MINAS.		
Gran Compañía Arturo Prat.....	30	»
Occidente de Cachinal.....	56	»
Minera de Chañaral.....	108	»
Huanchaca de Bolivia.....	3600	»
» chilenas.....	4600	»
Oruro de id.....	4000	»
Pueblina de Caracoles.....	35	»
Esplotadora id.....	80	$
Riqueza de id.....	60	»
Deseada de id.....	30	»
Descubridora de id. id.....	40	»
Gran Compañía de id.....	25	»
Sud-Americana de id.....	10	»
Codiciada La Esmeralda.....	35	»
Blanca Torre.....	35	»
Punitaqui.....	20	»
COMPAÑÍAS DE SEGUROS.		
Compañía La América.....	300	»
» La Chilena.....	300	»
» Union chilena.....	102	»
» La Valparaiso.....	203	»
» La Nacional	60	»
» La República.....	114½	%
VARIAS.		
Compañía Maderas y Carbon.....	138	%
» Ascensores Mecánicos.....	11	$
» » de Capital.....	31	»
» Telégrafo Trasandino.....	129	%
» Beneficiadora de Antofagast	94	»
BONOS Y BILLETES.		
Deuda interior..... 3 %	45	»
» del id. 1882..... 6 »	90	»
Ferrocarril de Santiago a San Fernando..... 6 »	90½	»
Id de San Fernando a Curicó 6 »	91	»
Id de Llaillai a San Felipe... 6 »	90	»
Id de Santiago a Quillot.... 6 »	92	»
Municipalidad de Santiago..... 8 »	102	»
Id. de id..... 7 »	96	»
Id. de id..... 6 »	88	»
Banco Garantizador de Valores 8 »	102½	»
Id. de id..... 7 »	100¼	»
Id. de id..... 6 »	92	»
Id. de id..... 5 »	83	»
Caja Hipotecaria..... 8 »	103	»
Id. de id..... 7 »	101¼	»
Id. de id..... 6 »	95	»
Id. de id..... 5 »	85¼	»
Municipalipad de Valp. (agua) 10 »	106	»
Id. de id..... 8 »	100½	»
Id. de id..... 7 »	93	»
Id. de id..... 6 »	90	»
Billetes Banco Valparaiso..... 6 »	91½	»
Id. de id..... 7 »	100	»
Banco Hipotecario..... 8 »	99	»
Id. de id..... 7 »	94	»
Id. de id..... 6 »	83	»
CAMBIO.		
Banco, sobre Lóndres 90 d/...	25	d
Comercial, id. 90 id....	25¼	d
Id. Liverpool 90 id....	25⅝	d

PRECIO CORRIENTE DE METÁLICO, DE «LA UNION.»

Valparaiso, 22 de octubre de 1885.

ORO.		
Oro americano.....	85	%
Id. frances.....	80	»
Libras esterlinas.....	9 20	c/u
Id. españolas.....	8 90	»
Id. alemanas.....	8 90	»
Oro chileno (cóndores).....	58	%
Id. oro menudo.....	45	»
Onzas españolas.....	27	c/u
Id. de paises españoles.....	26 50	»
Oro de lavadero, por gramo.....	1	»
Id. en lingotes, 1000/1000 p gram.	1 10	»
PLATA.		
Pesos fuertes chilenos.....	42	%
Id. id. peruanos.....	42	»
Monedas de 50 centavos.....	20	»
Id. de 20 id.....	15	»
Id. de 10 y 5 id.....	10	»
Id. de 20 id. bolivianas.....	12	»
Plata inglesa.....	60	»
Id. americana.....	60	»
Id. española.....	60	»
Id. en barra marco fino.....	14 40	
Id. chafalonía por gramo.....	4	

EXTERIOR.

LA ACTITUD

DE LA PRENSA ALEMANA.

Las protestas de España contra el atentado cometido por Bismarck siguen despertando la atencion de los alemanes, y siendo el tema a que preferentemente consagra sus trabajos la prensa del imperio.

Ya sabemos que la opinion en aquel pais ha manifestado sus deseos de vivir con nosotros en buena armonía y que los periódicos independientes han protestado enérjicamente contra la lijereza del gobierno del gran canciller al indisponerse con España, tan ligada a Alemania por respetables intereses comerciales.

Casi diariamente leemos en los periódicos de allende el Rhin cartas de representantes y comerciantes de Hamburgo y otras ciudades de Alemania, en las cuales se censura ágriamente la conducta de Bismarck, que al obedecer sólo a las aspiraciones de su política de engrandecimiento colonial, se ha olvidado de los verdaderos intereses del país.

Aunque los alemanes creen que el conflicto ocasionado por la ocupacion de las Carolinas llegará a tener una solucion satisfactoria, merece, sin embargo, ser notado el lenguaje que emplean algunos periódicos, pues por él puede deducirse la tendencia que al parecer domina en algunos círculos de Alemania.

«El gobierno del señor Cánovas del Castillo, dice la *Gazeta de Francfort*, no hace nada para impedir la efervescencia surjida por la cuestion de las Carolinas, antes al contrario, parece que la estimula para servirse de ella como un pararrayo. Es significativo que el jeneral Salamanca haya dado un paso que ofende directamente al príncipe heredero de una potencia amiga y que su conducta no haya sido impedida o censurada por el gobierno.

«En todo caso, la cuestion pendiente no puede terminar en breve plazo por la lentitud de comunicacion con las islas interesadas.

«Es de esperar que con el tiempo pasará la ajitacion en España, y que cuando la calma se establezca se miren las cosas con un criterio mas imparcial

«Tenemos la evidencia, acaba la *Gazeta*, de que las exajeraciones de algunas cabezas exaltadas de España no han de ejercer una influencia decisiva sobre la actitud de la diplomacia alemana con el gabinete de Madrid.»

Todo indica, en apariencia al ménos, que en los círculos gubernamentales de Alemania, se insiste en mantener la línea de conducta trazada por la *Gazeta de Colonia* y *Gaz. Universal de Alem. d. Norte.* La *Gazeta Nacional* de Berlin, inspirada por los amigos del príncipe heredero, indica que las protestas de España han causado impresion desfavorable en Alemania, y pudieran influir en sentido contrario a todo arreglo y obligar a la diplomacia alemana a insistir en sus pretensiones.

«Por informes fidedignos, escribe dicho periódico, sabemos que la prensa republicana ha logrado despertar una ajitacion profundísima dirijida contra la monarquía de Alfonso XII.

«Para contrarrestar este movimiento la prensa monárquica ha creido tambien que debia dejar a un lado la prudencia demostrada al principio del incidente y ha hecho coro comun con los republicanos en el clamoreo contra Alemania.

Sin embargo, cabe todavía la esperanza de que el gobierno permanezca dueño de la situacion, y que un criterio prudente facilite una solucion satisfactoria del litijio.

«Esperamos esto en pro de España. Las manifestaciones contra nosotros solo pueden servir para que Alemania insista con mas ahinco en lo consignado en la nota dirijida por el conde de Hatzfeldt al gobierno español en contestacion a la reclamacion de éste.

«Si la fuerza no justifica las violaciones del derecho, concluye el referido periódico, los españoles deben tener en cuenta que la debilidad tampoco da derecho a emplear el insulto como arma en cuestiones internacionales. Parece que las atenciones prodigadas a los españoles en los últimos tiempos han sido mal entendidas por ellos.»

VARIEDADES.

UNA BROMA DE CARNAVAL.

I

—Vamos, idos para que tomeis sitio en el Prado, pues si no, vais a tener que estar en pié toda la tarde. Acordaos mucho de mí, ¿eh? Pero tú, Antonio, no vayas a tener cuidado. Apuesto a que dentro de una hora ya estoi buena.

Asi decia Dolores, empujando suavemente hácia la puerta a su marido y a su hija: Antonio parecia indeciso. Por un lado sentía dejar sola a su mujer, a quien amaba como diez años ántes cuando la dió su mano al pié del altar; por otro comprendia que era una crueldad sacrificar a su hija, preciosa niña de nueve años y tenerla recluida en casa el domingo de Carnaval, que para los niños es un domingo que a ningun otro se parece. Dolores abrió la puerta, dió un último beso a su hija, estrechó la mano que su marido la tendía y los siguió con la vista miéntras bajaban la escalera. La niña iba delante riendo como una loca y saltando como una cabritilla; detrás el padre aconsejándola que no corriese tanto, y precaviendo una caida. Cuando ya en el portal Guillermina y Antonio dieron a Dolores el último adios, entró ésta en la casa cerrando de golpe la puerta, y se puso al balcon para verlos salir, hasta que desaparecieron. Despues de lo cual, y como por descuido, suspendió su pañuelo de las cuerdas de las persianas y cerró luego las maderas, retirándose a su cuarto, donde se arrellanó en una butaca, colocó la cabeza entre las manos, y quedó abstraida en profundas meditaciones.

II

El Carnaval es una de las instituciones que pasan. Mas vieja o mas preocupada, la humanidad parece avergonzarse de esos juegos que distrajeron su infancia, y abandona a los niños el Carnaval como al vestirse de largo la jóven regala a sus hermanitas las muñecas que hasta entónces fueron su anhelo, para dedicarse a mas sérias ocupaciones. Hoi los estudiantes terminan harto pronto su carrera para que les quede tiempo de echárselas de muchachos. Precisamente uno de los males de nuestra jeneracion entera es el deseo que tenemos todos de adelantarnos el porvenir. Hoi en vez de niños y niñas que jueguen al marro o al corro, no hai mas que hombrezuelos y mujercillas que hablan de su carrera o de sus novios.

El Carnaval, pues, agoniza, y su agonía es rápida, sin crísis, sin detenciones, sin anuncios de mejoría. Clavada a la cabecera de su lecho está la muerte, que no se irá de allí sin él, Fuera de la habitacion, con el oido pegado a la puerta para no perder ni uno solo de sus quejidos, está el demonio que, como castigo a sus pecados, ha de llevarse a los infiernos el alma del moribundo impenitente.

Aun hai, sin embargo, seres de buena voluntad que crecrian faltar a lo que manda el respeto a las tradiciones del pasado si no se disfrazaran estos dias. Mozos de cuerda que se visten de niños llorones, y ajitan sobre sus cabezas sonajeros de hojadelata; cocineras en traje de hombre, luciendo la redondez de sus formas mal ocultas dentro de los desgarbados pantalones; niñeras pudorosas envueltas en su ancho manto de beatas; ninfas de la calle de San Juan representando casi al natural distintos personajes mitológicos; el moro lejendario que se arrolla a la cabeza un par de sábanas y sustituye los calzones de diario con unos calzoncillos casi limpios y casi nuevos; el hombre del *higuí* y el esquilador tambien tradicional; chicos haciendo de diablos y pegando con sus rabos de percalina en las espaldas de sus iguales: poned estos mamarrachos entre un sinnúmero de coches particulares y de punto que en arreglado movimiento recorren una estrecha faja de enlodado terreno y pasan y vuelven a pasar regularmente y con períodos casi iguales de tiempo por delante de nuestra vista; colocad a ambos lados del paseo, cuatro o seis filas de sillas ocupadas todas ellas por abigarrada multitud; llenad de jente la parte de paseo que las sillas dejan libre; tended sobre el paisaje un cielo azul y sin nubes, y suspended de él un sol radiante; atronad la atmósfera con el eco de mil y mil conversaciones mantenidas a gritos o en voz baja, y tendreis un trasunto de cómo estaba el Prado cuando Antonio y su hija, sentados en dos sillas de abono de primera fila, esperaban que las primeras sombras de la noche les anunciasen la hora del regreso.

La niña se divertia. La mayor parte de las carretelas que ante ella desfilaban, conducian a algun niño vestido con traje de vistosos colores, que a ella le parecian disfraces maravillosos, como de ánjeles o jenios, y la movian a seguirlos con insistente mirada, cual si quisiera fijar la imájen en su retina para luego evocarla a sus solas, durante su sueño, en el silencio de la noche. Antonio, por su parte, se aburría. Pensaba en su Dolores, triste enferma, que quizá hubiese empeorado. Tentado se vió mas de una vez a levantarse y volver a su casa. Pero Guillermina estaba contenta, era feliz, y él no tenia derecho para turbar aquella felicidad tan a pequeña costa conseguida.

Daban las tres y media de la tarde cuando un grupo de máscaras se detuvo delante de él. Eran unos cuantos targarotes, hombres y mujeres, groseramente disfrazados, de andar torpe, que hablaban a gritos y denotaban divertirse mucho, ocultando sus cuerpos en largas camisas de mujer los *bebés*, y en airosas enaguas las beatas, y los rostros en vastas caretas de carton, de esas que en tales dias se venden a real a la entrada de los mercados. Iban corriendo y dando saltos por entre los coches, desoyendo las observaciones de los ajentes, cuando vieron de léjos a Antonio, se hablaron al oido formando grupo, y en apretado monton se dirijieron a donde él estaba, apoyándose de codos en la barra que separa los coches del público.

—Adios, Antonio, ¿cómo estás?—preguntó uno de los mascarones, vestido de hechicero, miéntras que una beata saludaba a la niña con la conocida interpelacion.

—¿Me conoces, Guillermina?

—¡Papá! ¡papá!—dijo la niña batiendo las palmas.—¡Esta máscara me conoce!

—¿Pero no me dices cómo estás Antonio? seguia el que primero habia hablado.

—Bien, hombre, bien ¿y tú?—le preguntó a su vez Antonio.

—Así, así; no tan bien como tú, pero pasando. ¿Y tu señora? ¿Qué has hecho de tu señora? No la veo...

—Se ha quedado en casa.

—¡Picaron! La deja en casa y viene él a divertirse.

Y todas las máscaras, volviéndose al embromado repitieron a coro:

—¡Picaron!

Provocando con ello la hilaridad de Guillermina, de las personas que estaban cerca, y aún del mismo Antonio, que malditas las ganas de reirse que tenia. El hechicero ajitó una varita que llevaba en la mano y dijo a los demas:

—¡Silencio! Ahora mismo voi a acertar por qué no ha venido al Prado mi señora doña Dolores!

—¡Silencio!

—Tu mujer está mala... Tiene ¡jaqueca!...

—Papá, lo acierta!—gritaba en esto la niña.

Antonio, sin saber por qué, no se sentia bien. Las máscaras repetian a coro como ántes:

—¡Jaqueca!... ¡Tu mujer tiene jaqueca!...

—Bien, ¿y qué?—dijo por fin Antonio, amostazado ya.

—Nada, hombre, nada; pero yo lo sé todo, todo, todo... Ya ves, ¡cómo que soi hechicero! Ella tiene jaqueja, y tú... tú tambien debias tenerla si fueras buen marido... Y como lo eres, la tienes, ¿no es verdad? .. Mira, te lo conozco en lo blanco de los ojos... Sí, sí, tú tampoco estás bien de la cabeza.

—Nó!... ¡Nó!...—ahullaron los demas.

Antonio no sabia qué decir. Los que habian cerca de él le miraban, alguno se reia... Pensamientos confusos como pájaros volando en la neblina pasaban por su cerebro... ¿Qué debia hacer... ¿Arrancar su careta al hechicero?... ¿Y por qué? ¿Qué le habia dicho que no tuviese natural esplicacion?

Otra máscara que vestia un ridículo leviton del siglo pasado se adelantó:

—Yo soi médico, Antonito. Dame la mano, y en cuanto vea esa pulso te daré un remedio para la cabeza.

Antonio se dejó tomar la mano. Una de las beatas tenia entretenida a Guillermina.

Pues mira continuó al cabo de un momento el médico finjido,—ya sé lo que tienes, y es mui grave... Sí, casi, casi, no hai ya remedio para tí...!

—¡Vamos, suelta, máscara!—gritó Antonio.

—De desagradecidos está el infierno lleno, hijo. Deberia dejarte sin receta; pero soi mas bueno que tú. Oye al oido, porque si la escuchan éstos son mui burlones y se reirian de tí.

Y cojiendo entre sus manos la cabeza de Antonio, la máscara le acercó el rostro a la careta, y le vertió en el oido estas palabras:

—Vete a tu casa ahora mismo, entra sin que te vea nadie . y allí veras la jaqueca de tu mujer.

—¿Eh?—rujió Anionio levantándose ciego de ira y de vergüenza.

Pero ya las máscaras estaban léjos, pues habian echado a correr prorrumpiendo en estrepitosa carcajada, y perdiéndose, dando saltos salvajes, entre los coches, que tenian que detenerse para no atropellarles. Antonio quiso lanzarse en su seguimiento, pero un inspector de policía le detuvo.

—Por aquí no puede usted pasar—le dijo. Y al mismo tiempo Guillermina le cojió de la mano gritando:

—Papá, papá, no te vayas sin mí!

Loco de dolor, volvióse el infeliz hácia su hija, asió brutalmente su manecita tierna y delicada, y con un brusco movimiento la arrastró tras sí, logrando, merced a algunos empujones, verse fuera de las sillas.

III

Las jentes estrañaban aquel espectáculo. Un hombre, que ya no era ningun niño, abriéndose paso por entre la compacta muchedumbre, repartiendo codazos a derecha e izquierda, indiferente a las injurias que se le dirijian y atrayendo fuertemente hácia sí a una pobre niña que, con los ojos arrasados en lágrimas, le seguia, sin atreverse a modular la mas leve queja. O aquel hombre se habia vuelto loco, o estaba borracho e iba a romper un brazo a la infeliz criaturilla. Pero en la mirada que a todas partes dirijia veian los demas algo siniestro y se callaban.

Antonio, en efecto, no estaba para que nadie le insultase. La ira centellaba en sus ojos; la cólera, a duras penas contenida, rujia en su interior como un mar ajitado, y lanzaba a la boca lijeros espumarajos. Sus sienes latian con violencia, su faz estaba roja, su corazon aceleraba el ritmo acostumbrado....

Porque lo habia oido, sí; no era un sueño, no era una pesadilla. Aquellas jentes que él atropellaba no eran fantasmas sin cuerpo; aquellos gritos que oia y sonaban como ecos repercutidos de la carcaja que las máscaras le arrojaron al rostro, no era uno de esos ruidos estraños que se oyen a veces en sueños, porque rasgaba sus oidos y hacia subir oleadas de indignacion a su semblante y rayos de ira a sus ojos. Bien claro se lo habian dado a entender: La jaqueca de Lola eran un pretesto...!— Bien clara se lo habian dicho:—¡Vete a casa!—Y a su casa iba, en efecto, furioso, perdida la razon, sin saber por dónde caminaba, sin darse cuenta del dolor de aquella Guillermina a quien queria tanto y a quien tanto hacia sufrir ahora.

Sí, a su casa, a su casa en seguida. Necesitaba ver a su mujer, encontrarla sola, acostada, enferma, muerta, aunque fuese muerta; pero sola, abandonada.

No, no podia ser; algo le gritaba en su interior que la infame calumnia que se le presentó, cubierto el rostro como avergonzada de su fealdad, no era mas que una broma sin juicio, broma de Carnaval, propia de dias semejantes. ¿Quién era su autor? Talvez una criada despedida por ladrona, el tendero de enfrente, nadie en una palabra. Y sacrificaba a tan débil testimonio toda una vida irreprochable... ¡Oh! Sin duda no estaba en su juicio cuando se dejó invadir por la sospecha. ¿Dónde iba? ¿A su casa? Y si al llegar encontraba a su mujer enferma, rendida quizás por el dolor, ¿qué podria decirla?... ¡Ah! En este caso la diria toda la verdad, la confesaria sus dudas, sus temores, y llorarian juntos, porque sentia muchas ganas de llorar.

Pero ¡ai! que la duda es incendio que devora, torrente que devasta, y en un punto socava los mas duros cimientos del mas fuerte edificio. Y él, que dudaba ya, relacionaba unos con otros varios hechos, y dándoles interpretacion tal vez torcida, iba convirtiendo la duda en conviccion, la calumnia odiosa y repugnante en verdad, mas repugnante y mas odiosa todavía. No era aquel el primer dia que Dolores se escusaba de salir; casi todos los dias de fiesta sucedia lo mismo, y siempre se quedaba en casa, nunca iba con él ni con su hija. ¿Qué hacia sola tanto tiempo? El estaba fuera tres o cuatro horas, y la traicion no necesita tanto tiempo para manchar el lecho que deshonra.

Y luego aquel empeño de Dolores en que él saliese, en que la niña no se fuese con la criada... Es que los dos la estorbaban y de los dos se deshacia al mismo tiempo... Y al ver aparecer en su pensamiento estas palabras, mil veces mas terribles para él que el *Mane, Tesel, Phares*, de Baltasar, fué tal la contraccion que esperimentó, que la niña no pudo contener un grito.

—¡Me haces daño, papá! le dijo con su vocesita empapada en lágrimas.

Al oirla Antonio pareció volver en sí. Se detuvo, la miró con enternecimiento, y ya iba a estrecharla contra su pecho, cuando otra idea mas terrible cruzó por su mente, semejante a un relámpago en medio de la noche. Su hija... Si el presente era criminal, ¿quién le respondia del pasado? Y sintió impulsos de destrozar a Guillermina entre sus brazos.

Entraban en la calle de las Torres. ¿Cómo habian llegado allí? No hubiera podido decirlo. Al verse cerca de su casa pensó que la niña podia estorbarle y decidió dejarla en casa de una hermana de su mujer que vivia allí mismo. Llegó al número 22 y dijo a la niña, que lloraba silenciosamente.

—Súbete a casa de tu tia y dila que yo vendré pronto a buscarte.

Guillermina se desasió de las manos de su padre, que oprimian la suya, y tendió hácia él sus bracitos para darle el beso acostumbrado. Antonio vaciló, pero la duda volvió a hablar, y haciendo un jesto de impaciencia, añadió:

—¿Subirás?...

La niña bajó la cabeza y lloró mas todavía. Por primera vez en su vida su padre no la habia besado al despedirse .. Ya no tenia duda. Su papá, su querido papá, estaba mui enfermo, tal vez loco.

IV.

Ya en la calle de Hortaleza, Antonio se detuvo. ¿Cómo iba a arreglárselas para entrar en su casa sin ser visto? Si llamaba; Dolores se alarmaria, el amante podria huir... Parado en la esquina, el pobre hombre se desesperaba ante aquel obstáculo insuperable. Por fin, decidido a todo, se dirijió resueltamente hácia la casa. Llamaria mui quedo; cuando la criada abriese la puerta, entraria de repente antes de que pudiese dar la voz de alarma a los culpables... No pensó en lo que iba a hacer. Su cabeza no coordinaba las ideas. Los pensamientos le huian antes que él pudiese asirlos y engarzarlos en el invisible cordon que en el cerebro los sujeta.

Pero hai un Dios para los amantes, y este Dios favorece tambien a los maridos alguna que otra vez. Subia él casi en puntillas la escalera, cuando vió que la puerta de su casa estaba abierta y en el umbral la criada hablaba mano a mano con su novio, tan engolfada en la conversacion que solo cuando vió a su amo junto a ella advirtió su llegada. Exhaló un grito de terror y quiso retirarse para adentro, pero Antonio se lo impidió, y mientras ella huía seguida de su galan, el marido ultrajado penetró de golpe en el cuarto de su mujer.

Allí, sentados en un pequeño divan, hablaban un hombre y una mujer. Estaban tan cerca uno de otro que sus frentes se rozaban, sus alientos se confundian, y al punto de salir de sus labios las palabras de amor. Oyéronse dos gritos simultáneos: un hombre salió corriendo de la habitacion y se lanzó hácia la escalera. Antonio le dejó ir. ¿Qué le importaba el hombre si tenia allí, enfrente de él, a la culpable, que no se atrevia a respirar? Dejó escapar un rujido, y precipitándose sobre Dolores, la asió fuertemente por la garganta. El cuerpo elegante de la mujer culpable se estremeció durante algunos momentos; luego quedó inmóvil. Cuando Antonio le soltó rodó pesadamente por el suelo.

V.

Media hora despues se personó en la casa el juzgado de guardia y dispuso la traslacion del cadáver de Dolores al Hospital y la de Antonio a la cárcel. El marido vengado no habia abierto los labios en todo este tiempo, ni para contestar a las preguntas del juez. Estaba como anonadado y miraba friamente el cadáver de su esposa.

EUJENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

EL CORTIJO DE LA

HILANDERA.

I

Nada tan pintoresco como el modesto caserío que con tal nombre era conocido en apartada provincia del Noroeste de España, caserío que durante cierto verano sirvióme de estacion de llegada de mis paseos cotidianos.

A orillas del fresco riachuelo, que con mas guijas que agua, corria entre juncos y espadañas bullicioso y alegre, regando de paso varios huertecillos, alzábase a la sombra de corpulentos castaños sencilla casita blanca al modo de vellon de nieve, con su techo de cañizo sostenido por rústicos palitroque, que enclavados en la pared remataban en el alero del tejado. Dos o tres ventanas, abiertas aquí y allá en la fechada, daban luz a la campesina vivienda. Junta a la puerta, al uso montañés, de anchos tablones de pino cruzados y unidos por medio de traviesas, veíanse troncos de árbol sirviendo de campestres asientos. Cercanos estendíanse feraces campos de labranza, y un poco mas léjos ondulantes y esbeltos maices como presididos por la tosca casita de secar panochas, enhiesta sobre cuatro postes y con su cruz de palo por remate.

Todas las tardes, a la puesta del sol, llegaba yo al caserío, en ocasion que la jente volvia del trabajo a reposar de las fatigas diurnas. Siempre presenciaba el mismo espectáculo; a la puerta del cortijo, respirando la brisa de la tarde, la sexajenaria abuela, rugosa y encojida, venerable con su rodete de cabellos blancos y tostado el moreno cútis, devanaba temblona ovillo tras ovillo, teniéndolas las madejas, con sus tiernas manecitas en alto, fresco querubin de cinco años, de mejillas de rosa y ojos de cielo, descalzo y envuelto sólo en blanca camisilla, preguntón en demasía, y en tirado coloquio con la abuela, a la que instaba para que le refiriese cuentos de brujas y encantadores. Sentado en un tronco seco y recien abandonada su tarea, el moceton de la casa reventando de gordo, ora componia recias almadreñas, ora mataba el tiempo improvisando con no escasa destreza flautas de caña. En la ventana, hecho una rosca, el cómodo gato entre dormido y despierto. Royendo a su placer las hierbajas, el buche en pelo, tan pronto dando saltos como revolcándose en tierra.

En la sombra de los matorrales, las vacas de leche esperando el momento de ordeñarse. Picoteando en un lado y en otro, las gallinas con sus lejiones de pollos. Tal era el poético cuadro de masion tan tranquila. Sentado ante enana mesita, servíanme siempre abundoso vaso de leche recien ordeñada, y al fresco del crepúsculo veia yo llegar los labriegos con la chaqueta al hombro, sudorosos aún por las faenas del dia; y a la záfia mocetona que, dando suelta a los berracos, preparábales la comida en ámplias artesas, en las que los voraces animales de patas se zabullian.

Pero lo que picaba mi curiosidad mui a lo vivo era lo nieta mayor de la cortijera, interesante muchacha: pálida como rosa de marzo, de rostro caviloso y cabellos azulados de puro negros, crespos, sin huellas del peine y sueltos sobre los hombros. Sus ojos grandes, de un pardo oscuro, mui abiertos, fijos e inmóviles, miraban sin espresion alguna. Vestia con desaliño, y el zagalejo grana y el pañolito anudado a la espalda, dejaban adivinar un cuerpo garboso en sus contornos. Descalza la hubiera tomado por Mignon, y a tener el pelo rubio no habria vacilado en denominarla Ofelia.

A cualquier hora que visitase el cortijo hallábala con la rueca en la mano, hilando con furor y sin hacer caso de nadie. Ni las faenas campestres la distraian, ni la vista de los viajeros la sacaba de su mutismo. Para ella sólo existian su rueca y su lino. Cuando pregunté la causa de aquel eusimismamiento todos me contestaron con lástima: «está loca.» Y así era en efecto; pero ajena a accesos peligrosos, su única manía se cifraba en hilar sin darse punto de reposo, enfadándose únicamente cuando intentaban turbar su ocupacion predilecta. En mas de cuatro ocasiones intenté distraerla, pero nunca se dignó contestar a mis palabras. Creo que ni me oia. Sucedió alguna vez que al ir a sentarse en el escalon de la puerta del cortijo, me crucé con la pobre demente, pero tuve que apartarme, porque sin dejar el paso y sin cuidarse de mí para nada, siguió impasible como una estátua. Pocas historias he oido tan tristes como la de la pobre muchacha.

II

Veranos atras, al mediar hermosa noche de agosto, de pechos a una ventana del cortijo, la loca, entónces cuerda, despediase del mozo mas garrido del cercano pueblo. El jóven partíase a América, y era justo que poniendo el charco por medio, se cruzaran entre la novia y el novio los juramentos de rúbrica. Ella lloraba hilo a hilo, él para adentro, que no es propio de un marinero siquiera lo sea en ciernes, enternecerse como débil mujercilla. Todo eran promesas recíprocas y tomar por testigo a la luna, sin reparar que el viento se lleva las palabras a medidas que se pronuncian y que el astro de los enamorados tiene su menguantes, y a las veces no brilla. La muchacha inconsolable negaba que la ausencia fuese la base del olvido. Para acordarme siempre de tí—le decia—hilaré de contínuo; puesta a la rueca me declaraste tu amor, y la rueca me defenderá de un mal pensamiento. ¡Con qué fé se juraban entónces constancia mútua! Pero, ¡ah! que las promesas nacientes son como las rosas cortadas; que a medida que el tiempo pasa van perdiendo su aroma poco a poco. A vuelta de tal charloteo, de sus apretones de mano, los amantes se separaron y él se partió para Buenos Aires y ella se quedó mui triste y compunjida. A la mañana siguiente tempranito, ya estaba la rueca en danza. ¡Qué modo de hilar aquel dia! Si hubiera tenido treinta horas, las treinta se está la muchacha dándole a la lanzadera, al compas de suspiros sin cuento.

Vinieron algunas cartas de cuatro pliegos; ella hizo contestar al maestro de escuela poco ménos que en volúmenes en folio. El sol ya no tenia reflejos, ni la luna encantos, ni los pájaros armonías; el cortijo bien semejaba un cementerio; pues que la voz de la hermosa cortijera dejó de atronar el aire con cantares. Segura se creia la moza de que la ausencia era impotente para mitigar su cariño. ¡Si sólo pensaba en el amante, y hasta rezaba la niña al levantarse y al acostarse, para que la llama del amor se mantuviera incólume en su corazon! Pero Dios no lo quiso así, que tras de los ardores del estío llegan sin faltar nunca las nieves del invierno. El dejó de escribir y sucedió una cosa mui natural. Ella achacó al principio al correo la falta de cartas, luego a enfermedad del que habia de escribirlas, mas tarde a la ingratitud, despues... se creyó engañada y comenzó a flaquear su constancia, oyó los galanteos de los mozos y no le parecieron insufribles como ántes; supo que la Fulana y la Mengana cobraban el barato por su hermosura en la romería, y la cortijera, que siempre lo habia cobrado, entró en ganas de repetir sus triunfos.

Cuando se le ocurrió esta idea, se enfadó consigo misma, pero se la pasó el enfado y se dijo que no era faltar a su promesa el divertirse, y hasta se determinó a ello con la intencion de darle un berrinche al ausente, en castigo a su silencio. Adios, rueca, relegóse a un rincon; la niña no volvió a ocuparse del lino, y empezó a dar oidas a serenatas y a acudir a bailoteos y a conceder alguna que otra cita, por supuesto sin malicia, y solo por pasar el rato.

Una vez la cortijera fué con su abuela a un puertecito de mar próximo, a embarcar cierta partida de grano para no sé dónde. El océano estaba a la sazon mui fuera de sus casillas y dos dias ántes, espantosa galerna habia causado grandes daños y hecho naufragar algunos buques a la vista de la costa. Al oir estas noticias, sintió la muchacha calofrios y no poco miedo; se acordó del ausente; y de pronto le entraron grandes deseos de arrepentirse de sus lijerezas. La vispera de concluir sus operaciones de embarque, al bajar abuela y nieta a la playa, vieron en ella grupos de pescadores con aire inquieto y cara de pena, moviéndose de aquí para allá con gran prisa; las aguas arrojaban a la orilla cadáveres de los infelices náufragos.

Enorme ola vomitó de su seno el cuerpo exámine de un gallardo marinero que vino a caer en la arena a los piés de la cortijera.

Repentino grito hizo volver a todos la cabeza y vieron a la muchacha tendida en el suelo, sin sentido y en brazos de la abuela que lloraba amargamente murmurando:

—¡Dios santo! ¡Pedriño, el pobre Pedriño!

El era, el ausente, que acaso mas enamorado que nunca, volvia lleno de esperanzas a la madre patria, decidido a cumplir sus promesas. Cuando la moza tornó al conocimiento no lloró ni hizo estremos; contentóse con abrir muchos los ojos y decir entre dientes:

—¡Es mentira!

Se habia vuelto loca. Apénas volvió al cortijo, cojió frenética la rueca, quitóle el polvo y comenzó a hilar con furia, diciendo a media voz a menudo.

—Hila, hila, rueca mia; tú eres mi salvacion y a ti me acojo; no ha muerto mi novio, no; ha sido un sueño que Dios me ha enviado para recordarme mi promesa, ¿Verdad, rueca mia? Hila, hila.

Y de aquí nadie la sacaba, y no hubo medio de contentarla, teniéndola que dejar que obrase a su capricho. Desde entónces, la cortijera vive abrazada a la rueca y se pasa la vida hilando, hilando, hasta el momento en que el novio venga a poner término a la labor; y el novio duerme el sueño eterno en el campo-santo de la aldea. ¡Pobre cortijera, destinada a hilar eternamente el lino, que simboliza sus esperanzas: sus esperanzas, que la muerte se encargó de hilar con su guadaña!

Ved aquí por qué llaman en el pais al caserío donde yo tomaba leche todas las tardes, el Cortijo de la Hilandera. Cuantos viajeros aciertan a pasar por tal sitio, no pueden menos de compadecer a quella jóven, siempre triste, mui triste: y siempre hilando, hilando sin cesar.

AJENCIAS
DE
LA UNION.

VALPARAISO.

Señores Gonzalez y Dominguez, calle Esmeralda, frente al Hotel Colon.

Cigarrería de don Eucarpio Sanchez, calle de la Victoria, cerca del Estero de Jaime.

Cigarrería de la Merced, calle de la Victoria inmediata al Teatro de niñas.

Cigarrería de la Covadonga, de don Narciso Cárdenas, calle del Baron, número 73.

Ferrocarriles del Estado

ITINERARIO JENERAL
DE LOS TRENES DE PASAJEROS.

Servicio especial de Viña del Mar en dias ordinarios.

DE BAJADA	1.ª, 2.ª y 3.ª clase.	2.ª y 3.ª clase.	1.ª y 2.ª y 3.ª clase.	1.ª, 2.ª y 3.ª clase.	ESTACIONES	1.ª, 2.ª y 3.ª clase.	2.ª y 3.ª clase.	1.ª y 2.ª y 3.ª clase.	1.ª, 2.ª y 3.ª clase.	DE SUBIDA
	A. M.	A. M.	P. M.	P. M.		A. M.	A. M.	P. M.	P. M.	
Viña del Mar	9 20	11 00	2 35	7 35	Puerto	8 00	10 00	1 15	5 25	Puerto
Baron	9 33	11 15	2 50	7 45	Bellavista	8 07	10 07	1 23	5 33	Bellavista
Bellavista	9 40	11 25	2 55	7 50	Baron	8 15	10 15	1 35	5 45	Baron
Puerto	9 45	11 40	3 05	8 00	Viña del Mar	8 30	10 30	1 45	6 00	Viña del Mar

SECC